

de piratas, en medio de nuestra tripulación, alegre, cantando y diligente. La mar estaba magnífica y el aire tan puro, que descubríamos á dos ó tres leguas en las tierras, los menores detalles del paisaje; así permanecimos en la mesa hasta que cerró la noche completamente.

Hacia las nueve de la noche, una brisa agradable se levantó que venia de tierra; era lo mejor que podíamos desear. Como la costa de Sicilia, desde el cabo Passaro á Girgenti, no presenta nada de curioso, habia prevenido al capitán que pensaba, si era posible, tocar en la isla de Pantelleria, la antigua Cossire. El acaso servia nuestros deseos, así el capitán nos invitó á apresurarnos á subir á bordo. No perdimos mas tiempo en acceder á su invitación, que el preciso para prender fuego á las yerbas secas de que estaba cubierta la isla. Así en un instante toda estaba llena de llamas.

Iluminados por este faro inmenso, nos dimos á la vela, saludando con dos disparos de escopeta la tumba del pobre marinero ahogado.

IL SIGNOR ANGA.

Al día siguiente, cuando nos despertamos, las costas de Sicilia apenas eran visibles. Como el viento habia continuado siéndonos favorable, habíamos caminado unas quince leguas toda la noche. Era la tercera parte de la distancia, sobre poco mas ó menos, que teníamos que recorrer. Si el tiempo no cambiaba, habia, pues, probabilidad de que llegásemos antes de la madrugada del día siguiente á Pantelleria.

Hacia las tres de la tarde en el momento en que fuéramos tendidos en nuestros lechos grandes pipas turcas de excelente tabaco del Sináí, que nos habia dado Gargallo, nos llamó el capitán. Como sabíamos que no nos turbaba nunca, á menos que hubiese una causa importante, nos levantamos al punto y fuimos al puente, donde se hallaba. Entonces nos hizo notar á una media legua de nosotros á la derecha y delante, un salto de agua, que semejante á un manantial de surtidor, se elevaba á unos piés por diez encima del mar. Le preguntamos la causa de aquel fenómeno. Era todo lo que quedaba de la famosa isla Julia, cuya fantástica his-

toria hemos referido. Supliqué al capitán nos liciera pasar lo mas cerca posible de aquella especie de tromba. Nuestro deseo fué al punto transmitido á Nunzio, que viró en aquella direccion, y al cabo de un cuarto de hora estuvimos á cincuenta pasos de distancia.

A aquella distancia el aire estaba impregnado de un fuerte olor á betun, y la mar hervia perceptiblemente. Hice coger un cubo de agua; estaba tibia. Supliqué al capitán avanzásemos algo mas cerca del centro en ebullicion, y todavía anduvimos unas diez brazas hácia aquel punto; pero llegando allí, Nunzio demostró desear no aproximarse mas. Como sus deseos generalmente tenían fuerza de ley, deferimos á ello al instante; y dejando la isla Julia á nuestra derecha, fuimos á tender nos sobre nuestras camas, y concluir nuestras pipas, mientras que el buque, un instante virado en aquella direccion, volvió hácia el cabo de Pantelleria.

Hácia las siete de la noche vimos tierra por delante. Nuestros marineros nos aseguraron que era nuestra isla, y nos acostamos en aquella confianza. No nos habian engañado. A eso de las tres nos despertó el ruido que hacia nuestra ancla al partir al fondo. Saqué la nariz fuera de la tienda, y ví que estábamos en una especie de puerto.

Por la mañana hubo, como de costumbre, mil dificultades para desembarcar. Se trataba del cólera, y los pantelleriotas veian coléricos portodas partes. Cogieron nuestros documentos con pinzas, los pasaron por vinagre, los examinaron con anteojos de aumento: en fin,

se reconoció que estábamos en un estado de sanidad á satisfaccion, y se nos permitió desembarcar.

Es difícil ver nada mas pobre y mas miserable que aquella especie de lugarillo sembrado á orillas del mar, y rodeando con una cintura de casuchas sucias y viejisimas el pequeño puerto donde habíamos echado el ancla. Una posada á donde se nos condujo nos ahuyentó con su aspecto sucio; y con la promesa de Pietro, que se comprometió á hacernos un buen almuerzo al estilo de las gentes del país, pasamos de largo y nos pusimos en camino en ayunas.

Las principales curiosidades del país son las dos grutas que se encuentran á una media legua casi en la montaña, una de las que, denominada la Sarten, es tan caliente, que apenas se puede permanecer en ella diez minutos sin que los vestidos estén impregnados de vapor. La otra, que se llama la Nevera, es por el contrario tan fria, que en menos de media hora se hiela completamente una garrafa de agua. Excusado es decir que los médicos se han apoderado de estas dos grutas como de una doble fortuna, y matan allí anualmente á los unos por el calor y á los otros por el frio, cierto número de enfermos.

Al salir de la Sarten vimos á Pietro que se disponia á desollar un cabrito que acababa de comprar por diez francos. Dos troncos de olivo trasformados en morillos, y una rama de adelfa, debian, con la ayuda de un fuego ciclópeo, preparado en el ángulo de una roca, poner al animal entero en un grado de asado satisfactorio. Sobre una piedra plana estaban preparadas pasas,

higos y castañas, de las que, á falta de trufas, debía rellenarse el asado. Cama, que habia querido descuartizar el cabrito para hacer chuletas, preparar las piernas y sacar filetes, habia quedado debajo, y servia, deplorando la inferioridad de su posicion, de pinche á Pietro.

Nos encaminamos hácia la Nevera, donde entramos despues de haber, por la recomendacion de nuestro guia, tenido la precaucion de refrescarnos. La precaucion no era inútil, estando allí la temperatura muy ciertamente á ocho ó diez grados bajo cero. Salí de allí bien pronto, pero di la órden que se dejase allí nuestra agua y nuestro vino.

Algunas preguntas que hicimos á nuestro guia sobre las causas geológicas que determinaban este doble fenómeno, quedaron sin contestacion, ú obtuvieron respuestas tales, que no me tomé la pena de consignarlas en mi album.

Al salir de la Nevera, nos preguntó nuestro cicerone si no teníamos intencion de subir á la cima de la montaña mas elevada de la isla, en lo alto de la que descubrimos como una iglesia. Preguntamos qué se veía desde lo alto de la montaña; nos respondió que se veía Africa. Esta promesa, unida á la certeza de que el almuerzo no estaria dispuesto sino dentro de dos horas lo menos, habiéndonos parecido una causa determinante, respondimos afirmativamente. Al instante, del grupo que nos rodeaba y que nos habia seguido desde la aldea mirándonos con una curiosidad medio salvaje, salió un hombre como de treinta años, el cual deslizándose por entre las rocas, desapareció. Bien pronto

detrás de una desigualdad del terreno. Como esta desaparicion que habia seguido inmediatamente á mi contestacion afirmativa me habia chocado, pregunté á nuestro guia, quién era aquel hombre que acababa de dejarnos; pero nos respondió que no le conocia y que era sin duda algun pastor. Intenté preguntar á otros dos pantelleriotas: pero aquellas buenas gentes hablaban tan singular dialecto, que despues de diez minutos de reciproca conversacion no habíamos comprendido ni una palabra de lo que nos habíamos dicho. No por eso dejé de darles gracias por su condescendencia y nos pusimos en camino.

La cima de la montaña está á dos mil quinientos piés próximamente sobre el nivel del mar; un camino sumamente practicable, sobre todo para gentes que acababan de bajar del Etna, indica que la pequeña capilla de que he hablado, es un lugar de frecuente peregrinacion. A los dos tercios de la montaña, descubrí á un hombre, que creí reconocer por aquel que nos habia abandonado y que corria al través de torrentes, rocas y barrancos. Se lo enseñé á Jadin que se contentó con responderme:

— Parece que ese caballero tiene mucha prisa.

Nuestro acompañamiento habia continuado siguiéndonos, por mas que evidentemente no aguardaba nada de nosotros. Pero como nada nos pedia, y no experimentábamos otra importunidad que el desagrado de ser mirados como bestias curiosas, no nos habíamos opuesto de ningun modo al honor que se nos hacia. Nuestra escolta llegó, pues, con nosotros á la cima de la montaña,

donde estaba situada la capilla. En el umbral de la puerta, un hombre vestido con el traje de monje, nos esperaba enjugándose la frente. Al primer golpe de vista reconocí nuestro escalador de rocas: entonces todo me fué explicado: habia tomado la delantera para re-vestirse con su traje de religioso y se disponia á ofrecernos una misa. Como la misa, en mi opinion, tiene su valor en sí misma y no en el que la dice, indiqué que estaba pronto á oirla. En el mismo instante fuimos introducidos en la capilla. En un volver de cabeza fueron hechos los preparativos, dos de los asistentes se ofrecieron para llenar las funciones de monaguillo y el oficio divino comenzó.

La religion es una cosa tan grande en sí misma, que, sea el velo ridiculo con que la envuelva la supersticion ó la codicia, siempre llega á eruir su sublime cabeza con la que mira al cielo, y á extender sus dos brazos con los que abraza la tierra. Por mi parte, puedo decir, que á las primeras palabras santas que habia pronunciado el monje especulador, habia desaparecido para hacer lugar, sin que él mismo dudase de ello ciertamente, á un verdadero ministro del Señor. Me replegué sobre mí mismo y pensé en mi aislamiento, perdido como estaba, sobre la cima mas elevada de una isla casi desconocida, arrojada como un descanso entre la Europa y el Africa, á la merced de gentes cuyo lenguaje apenas comprendia y no teniendo para ponerme en comunicacion con el mundo mas que un frágil barco que Dios, en medio de la tempestad, habia cogido con una de sus manos, mientras que con la otra estrellaba á

nuestro alrededor, como si fueran la cáscara de una nuez, las fragatas y los navíos de tres puentes. Durante un cuarto de hora escaso que duró aquella misa, me encontré por el recuerdo en contacto con todos los seres que amaba y de que era amado, cualquiera que fuese el rincón de la tierra que habitaban. Ví en cierta manera volver á pasar delante de mí toda mi vida, y á medida que se desarrollaba ante mis ojos, todos los nombres amados vibraban unos despues de otros en mi corazón. Experimentaba á la vez una profunda melancolía y una dulzura infinita, pensando que yo rogaba por ellos, mientras que ellos aun ignoraban el lugar del mundo en que me encontraba. Resultó de esta disposicion, que concluida la misa, el monje con gran admiracion suya, así como de la asamblea que habia oido el oficio divino ajustado por encima, vió, en lugar de dos ó tres pesetas que pensaba recibir, caer un duro en su bolsa. Era ciertamente la primera vez que se le pagaba una misa en aquel precio.

Al salir de la capillita, miré á mi alrededor. A la izquierda se extendia la Sicilia, semejante á una medalla. Bajo nuestros piés estaba la isla rodeada por todos lados por el Mediterráneo tranquilo y trasparente como un espejo. Vista desde aquí Pantelleria tenia la forma de una enorme tortuga dormida sobre el agua. Como toda la isla no tiene mas de diez leguas de circunferencia, se distinguan de ella todos los detalles, y en rigor se hubieran podido contar las casas. La parte que me pareció mas fértil y la mas poblada es la conocida en el país bajo la designacion de Oppidolo.

Sin embargo, como el hambre comenzaba á hacerse sentir, nuestras miradas, despues de haber errado algun tiempo al acaso, concluyeron por fijarse en el sitio en que se preparaba nuestro almuerzo. Por mas que hubiese tres cuartos de legua de distancia lo menos del punto en que nos hallábamos hasta aquel sitio, era el aire tan puro que no perdiámos ninguno de los movimientos de Pietro y de su acólito. Por su parte, se apercibió sin duda de que le mirábamos, porque se puso á bailar una tarantela que interrumpió á lo mejor en medio de una figura para ir á visitar el asado. Sin duda el cabrito se aproximaba á su punto porque despues de un exámen concienzudo del animal, se volvió Pietro hácia nosotros y nos hizo señal de volver.

Encontramos nuestro servicio colocado en medio de un encantador bosque de acerolos y adelfas, entrelazadas con viñas silvestres. Consistia simplemente en un tapiz extendido en tierra y encima del que se elevaba una bella palmera, cuyas largas ramas caian como llorones. Nuestro vino helado nos aguardaba; en fin, granadas, naranjas, panales de miel y uvas formaban un postre simétrico y apetitoso, en medio del que Pietro vino á depositar, extendido sobre una tabla, cubierta de hojas grandes de plantas acuáticas, nuestro cabrito asado en su punto y exhalando un olor maravillosamente apetitoso.

Como el cabrito podia pesar de veinte y cinco á treinta libras, y por mas hambre que tuviésemos como no pensábamos comerle los dos solos, invitamos á Pietro á que diese parte á la sociedad que desde nuestro desembarco

nos habia hecho el honor de seguirnos. Como se comprende bien, la oferta fué aceptada sin cumplimientos como habia sido hecha. Nos reservamos una parte conveniente, tanto de la carne del animal como de las accesorias con que se le habia rellenado el vientre, y lo demás, acompañado de una media docena de botellas de vino de Siracusa, fué ofrecido en general á nuestro acompañamiento. Fué, pues, una comida homérica de las mas pintorescas; y para que nada faltase en ella, á los postres el pastor que nos habia vendido el cabrito, y que sin remordimiento ninguno se habia comido parte de él, tocó una especie de gaita, al sonido de la que mientras nosotros fumábamos voluptuosamente nuestras largas pipas, dos pantelleriotas, sin duda á modo de agradecimiento, bailaron una danza nacional, que era una cosa intermedia entre la tarantela napolitana y el bolero andaluz. Despues de lo que tomamos cada uno una taza de café hervido y no pasado, es decir, á la turca, y volvimos á bajar hácia la aldea.

Al llegar al puerto descubrimos al capitan que hablaba con una especie de vigilante guardando cuatro forzados: nos aproximamos á ellos, y con gran admiracion nuestra, observamos que el capitan hablaba como con respeto á su interlocutor y le llamaba excelencia. Por su parte, el vigilante recibia aquellas muestras de consideracion como cosas que le eran debidas, y no nos hubiera chocado tanto si cuando el capitan le dejó para seguirnos, no le hubiese dado su mano á besar. Como se comprende bien, esta circunstancia excitó mi curiosidad y pregunté al capitan quién era el respetable anciano

con quien tenia el honor de estar en conversacion cuando le habiamos interrumpido. Me respondió que era su exceleucia el signor Anga, ex-jefe de noche en Siracusa.

¿Cómo es que el signor Anga, de jefe de noche haya venido á convertirse ahora en vigilante? Era una historia bastante curiosa y es la siguiente.

Durante los años 1810, 1811 y 1812, las calles de Siracusa se encontraron de repente infestadas de bandidos tan diestros, y al mismo tiempo tan audaces, que no se podia, llegada la noche, poner el pié fuera de casa sin ser robado y aun asesinado. Bien pronto estas expediciones nocturnas no se limitaron á robar á los que se atrevian á salir de noche por las calles, sino que penetraron en las casas mejor guardadas, hasta lo último de las habitaciones mejor cerradas; de suerte que el bosque de Bondy, de picaresca memoria, era un lugar seguro, comparado con la pobre ciudad de Siracusa.

Y todo este sucedia, á pesar de la vigilancia del signor Anga, jefe de noche, á quien por lo demás no se podia echar otra cosa en cara, sino llegar cinco minutos demasiado tarde, porque apenas una casa acababa de ser saqueada, acudia con su patrulla para tomar las señas de los ladrones; apenas un desgraciado acababa de ser asesinado, cuando él estaba allí para levantarle, recibir su última confesion, si todavia respiraba, é instruir proceso verbal del terrible suceso.

Así todos admiraban la prodigiosa actividad del signor Anga, deplorando, como hemos dicho, que un magistrado tan activo no llevase su actividad hasta llegar diez

minutos mas pronto, en lugar de llegar cinco minutos mas tarde.

No por eso dejaba de aplaudirse toda la ciudad por lo bien guardada que estaba, y por nada en el mundo hubiera querido se le diese otro jefe de noche que el signor Anga.

Sin embargo, los robos continuaban con un descaro siempre creciente. Un jóven oficial, alojado en el convento de San Francisco, acababa de recibir una cuenta atrasada en duros españoles; depositó su pequeño tesoro en un cajoncito de su secreter, metió la llave en el bolsillo, y se fué á comer á la fonda, descansando en la doble seguridad que le ofrecian la santidad del lugar donde estaba alojado y el cuidado que habia tenido de echar la llave á sus 500 duros.

Al volver á la noche se encontró forzado su secreter y el cajoncito vacío.

Además, como caian aquella noche torrentes de lluvia, y nada le es tan odioso al siciliano como mojarse, el ladron habia cogido el paraguas del jóven oficial.

El oficial, desesperado, corrió al instante mismo á casa del capitán Anga, á quien encontró, á pesar del tiempo abominable que hacia, que acababa de volver de una de sus expediciones nocturnas, tan frecuentes y desgraciadamente tan infructuosas. A pesar del cansancio del signor Anga, y por mas que estuviese mojado hasta los husesos y lleno de lodo hasta las rodillas, no quiso hacer esperar al querellante, recibió su declaracion, y le prometió emplear desde el dia siguiente toda su gente

en la persecucion de sus duros, de su paraguas y de los ladrones.

Pero pasaron tres meses sin que se encontrasen ni ladrones, ni paraguas, ni duros. Al cabo de estos tres meses, un día que hacia un tiempo semejante á aquel en que su robo habia tenido lugar, el jóven oficial, propietario de un paraguas nuevo, atravesaba la plaza mayor de Siracusa, cuando creyó ver un paraguas tan exactamente parecido al que habia perdido, que al punto le entró deseo de trabar conocimiento con el individuo que lo llevaba. En consecuencia, al volver la primera calle detuvo al desconocido para preguntarle sobre su camino; el desconocido se lo indicó con mucha urbanidad. El oficial se informó del nombre del que habia encontrado tan cortés, y supo que su interlocutor no era otro que el criado de confianza de la signora Anga, mujer del jefe de noche.

Este descubrimiento era tanto mas grave, cuanto que el jóven oficial habia adquirido una prueba irrecusable de que el paraguas en cuestion era exactamente el suyo. Hablando con el criado, habia visto las iniciales grabadas en un escudito de plata, que adornaba el puño del paraguas, de cuyo adorno no habia querido privarle el ladron.

El oficial fué corriendo por el camino mas corto á casa del jefe de noche; el signor Anga estaba ausente por asuntos del servicio; hizose conducir el oficial junto á la señora, y la dijo que tenia un ladron, ó á lo menos un encubridor en su servicio. La señora Anga puso el grito en el cielo, jurando que era imposible; en el

mismo momento entró el criado; el jóven oficial, que comenzaba á impacientarse por aquellas negativas, que tendian nada menos que á hacerle pasar por loco ó por impostor, cogió al doméstico por una oreja, le llevó delante de su ama, le arrancó de las manos el paraguas que todavía tenia, enseñó el escudo, é hizo reconocer las dos iniciales por ser las suyas. Nada habia que responder á esto; así la señora y el criado estaban sumamente embarazados, cuando se abrió la puerta, y el signor Anga apareció en persona.

El oficial renovó al punto su acusacion, sosteniendo que los duros habian desaparecido al mismo tiempo que el paraguas, y que habiendo parecido este no podian aquellos estar lejos. Sorprendido por un dilema tan positivo el signor Anga se turbó al principio, mas habiéndose repuesto inmediatamente, respondió con insolencia al oficial y concluyó por plantarle en la calle.

Era una falta: aquella cólera hizo concebir al robado sospechas que sin esto jamás hubiese tenido. Corrió á casa del coronel inglés que estaba de guarnicion en la ciudad: el coronel requirió al juez, y este, seguido del escribano y del comisario, fué á casa del signor Anga, que con gran humillacion suya, se vió obligado á dejarse registrar la casa.

Habian ya visto toda la casa sin que aquella visita produjera el menor resultado, cuando el jóven oficial, que en su cualidad de parte interesada dirigia las pesquisas, observó al atravesar el piso bajo, que estaba entarimado, cosa muy rara en Sicilia. Tocó con el pié, y le pareció que el piso resonaba mas en hueco que lo que

un piso inocente debía resonar. Llamó al juez y le dió parte de sus sospechas; el juez hizo ir dos carpinteros: se levantó el piso y encontraron unas seguidas de otras cuatro cuevas llenas, no solo de paraguas, sino de vasos preciosos, magníficas telas, objetos de plata con las armas de sus propietarios, en fin, un bazar completo.

Entonces todo se explicó, y aquella prolongada impunidad de los ladrones no tuvo necesidad de comentarios: el signor Anga era á la vez jefe y encubridor de aquellos industriales. El sub-prior del convento donde estaba alojado el jóven era su asociado. La ocupacion de aquel digno monje era sobre todo la desaparicion de los objetos robados. El signor Anga era, por lo demás, un hombre notable que habia organizado su comercio en grande, y que tenia una especie de sucursales en Lentini, en Calata-Girone y en Calata-Nicetta; es decir, en todas las ciudades donde habia grandes ferias, y sin embargo, como se ve, á pesar de aquella activa industria, no obstante los numerosos pedidos, el signor Anga operaba tan en grande, que cuando se descubrieron sus almacenes, estaban completamente surtidos.

Preso el monje escapó por privilegio eclesiástico á la justicia secular, y fué remitido á su obispo. Como desde aquella época nadie le volvió á ver, se presume fuese enterrado en algun *in pace*, donde se encontrará algun día su esqueleto.

En cuanto al signor Anga, fué condenado á galera perpetua. Enviado al principio como simple forzado á Vallano, desde allí, al cabo de cinco años de buena con-

ducta, fué trasportado á Pantelleria, en donde no habiendo dado lugar á queja alguna durante otros cinco años, fué elevado al grado de vigilante, que ocupa honrosamente hace doce años, con la esperanza de pasar á ser jefe de galeras.

Esto era lo que le deseaba nuestro capitan al despedirse de él.

Antes de dejar á Pantelleria tuve curiosidad de hacer un experimento: puse en el correo las cartas que habia escrito á mis amigos, y que estaban fechadas en la isla de Porri; llegaron á su destino un año despues de mi vuelta; con esto está dicho todo.